

es una ley fija en el hombre la ley del trabajo, y sin cumplirla no recoge jamás ni aun el fruto de sus mas legítimas y nobles aspiraciones.

Pretender llegar á ser orador, es decir, dominar, subyugar, atraer, convencer, persuadir, hablar, en una palabra, al entendimiento y al corazón, y pretenderlo sin trabajo, sin estudio, sin largas horas de vigilia, sin sondear los profundos arcanos de las pasiones que tanto esclavizan al hombre, sin la posesion, en fin, de muchos y muy diversos conocimientos, es una quimera, una ilusion que no recordamos en este sitio para desalentar á los que nos lean, nó: si de esto hacemos mérito, es para que se comprenda cuán útil, cuán precisa es la educacion oratoria, olvidada entre nosotros hasta un punto lamentable é incomprendible, y por lo cual no debe estrañarnos que en España, donde tantos hablan en público, haya tan pocos que merezcan con justicia el título de oradores.

La juventud necesita direccion, necesita ensayar sus fuerzas antes de arrojarle al palenque de la pública discusion, donde la mas pequeña caída es peligrosa para el porvenir, donde se arrostra una responsabilidad inmensa, capaz por sí sola de hacer estériles los mas nobles y generosos esfuerzos: ni las academias, ni los ateneos, son teatro á propósito para hablar por vez primera, mucho menos el púlpito, la tribuna ó el foro, donde con tanta ligereza se comprometen sagrados objetos que interesan tanto al hombre, á la sociedad y á las familias.

La educacion oratoria, tal como nosotros la comprendemos y deseáramos se estableciese en nuestras universidades y seminarios, en vez de esterilizar las disposiciones naturales de la juventud, las daria nueva vida, contribuiria á despertar en aquellos que sintiesen dentro de sí la llama misteriosa de la

inspiracion, un valor, una fuerza, una energia suficiente para vencer tantos obstáculos, tantas dificultades como se presentan para alcanzar un puesto distinguido en cualquiera de las profesiones en que la palabra es necesaria.

No pretendemos que por medio de la educacion oratoria se esclavice el genio, que se impida su variado y atrevido vuelo, que se le circunscriba ni estreche, que se cambien los caracteres, recargue y fatigue la imaginacion, ni se compriman los arranques sublimes de la pasion y del sentimiento, nó: queremos que la educacion oratoria sirva para hacernos conocer nuestros propios recursos, dirigir nuestros primeros pasos, abriendo ante nuestra vista ricos y variados horizontes de luz que nos iluminen en el difícil sendero de la gloria, ahorrándonos al mismo tiempo el doloroso espectáculo de esas sensibles y vergonzosas derrotas que por falta de sólidos fundamentos presenciarnos todos los dias.

El estudio, es verdad que no dá el talento, ni el ingenio, ni la imaginacion, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales; pero enseña, como dice Capmany, á usar de ellas en tiempo oportuno, á darles el temple conveniente y á saber distribuir los adornos que pide toda composicion elocuente.

Las reglas que el señor Lopez comparaba á los pilares que se colocan en los lados de los caminos, sirven en efecto para darnos á conocer lo que hemos andado y lo que nos falta que andar, son puntos de vista que no deben embarazar en lo mas mínimo la senda que nos proponemos recorrer, ni ser un obstáculo á la precipitacion de nuestra marcha: no es fácil empresa la de ser orador, y fuera estraño que un empleo tan noble se pudiera ejercer sin trabajo y sin estudio. En la oratoria, como en todo, se necesita que los primeros pasos sean firmes y seguros:

querer llegar demasiado pronto, es querer no llegar; y el que desde un principio estrague su gusto ó contraiga un hábito perjudicial, es casi imposible que en lo sucesivo lo reforme y prescindida de él.

Del mismo modo que para poder algun dia pintar un cuadro se necesita empezar por conocer los colores y el modo de usarlos, así tambien, para hablar en público hace falta una gran preparacion: todos los autores encomian mas ó menos la necesidad de trabajar para llegar á ser oradores, y á ese gran trabajo se dedicaron en su juventud Demóstenes y Ciceron, asistiendo á las escuelas, ejercitando el temple de sus armas y visitando el Asia y la Grecia para enriquecer su entendimiento y ensanchar el círculo de sus ideas.

No por esto queremos decir, con un célebre naturalista, que la *paciencia* es el *genio*: semejante apreciacion es absurda, y nos conduce que se haya creido confirmada por muchos en la persona del gran orador de la Grecia: el *genio* para nosotros es algo mas, mucho mas que la constancia, que la paciencia del hombre: el *genio* es el soplo de la divinidad, la llama misteriosa que se oculta en el alma, que arde en la region de la inteligencia y brilla en medio de las turbulentas agitaciones de la vida para deslumbrarnos ó para guiar nuestros pasos por la senda del bien: no le busqueis si la Providencia no os ha enriquecido con él, no le hallareis si no existe dentro de vosotros mismos: ved si no en confirmacion de esto de qué manera se manifiesta el ser á quien está confiada la difícil mision de sintetizar un siglo, de revelarnos un secreto oculto en las entrañas de la tierra, de abrir ante nuestros ojos un continente ignorado, de cantar un nuevo himno ó realizar una aspiracion sentida y no revelada, y decidnos lealmente si puede sostenerse

que el genio no es mas que la constancia y la paciencia del hombre.... nó: por mas que el estudio, la resignacion, la fuerza de voluntad, la lucha y hasta el infortunio sean siempre el patrimonio del genio, por estos medios no se consigue y alcanza, sino que ellos son el crisol donde se purifica, donde adquiere el vigor necesario para contrarestar la envidia que brota siempre en torno suyo, cual la yedra al pié de los muros mas venerandos: la historia misma de Demóstenes que se cita, nos suministra una prueba de esa preocupacion que nos interesa desvanecer en este momento que hablamos de reglas, de preceptos, y levantamos nuestra voz en favor de la *educacion oratoria*.

Demóstenes dá sus primeros pasos antes de tiempo, se arroja en un palenque para el que habia nacido sin preparar el filo de sus armas, y la muchedumbre, que no vé escrito en aquella frente el destino sublime de los héroes, se rie estúpida de sus vacilantes y tardas espresiones: he aquí, pues, nuestro punto de partida, distinto del que han aceptado los que con tanta injusticia han juzgado al gran orador político de la antigüedad: la primera contrariedad fué para él, como acontece siempre á los hombres superiores, la primera leccion cuyo fruto recogió algunos años despues el pueblo mismo de quien la habia recibido. Si Demóstenes hubiese sido uno de tantos como intentan salirse del círculo que les es lícito recorrer, Demóstenes no hubiera vuelto á aparecer seguramente en medio de aquellos cuyos silbidos debieron enrojecer su rostro: lo decimos sin vacilar, Demóstenes es mas grande cuando se retira de la plaza pública solo y abandonado, que cuando recorre en medio de las aclamaciones mas entusiastas las calles de Atenas: ninguno, que sepamos, le ha contemplado hasta hoy en ese instante supremo de su vida, en ese momento decisivo de su ruina ó su

grandeza, en que sabiendo *conocerse* y *vencerse*, se resuelve á ocultarse á las miradas de los hombres, á luchar con cuantos obstáculos se oponen á la realizacion de sus nobles aspiraciones y á presentarse de nuevo para asombrar al mundo. Dos lecciones á cual mas importantes encierra en este punto la conducta de Demóstenes: una para los atrevidos, otra para los meticulosos; una para los que no se conocen ni quieren conocerse, otra para los que ceden á la primera contrariedad y se dan por vencidos con la mas pequeña derrota: estremos son estos perjudiciales y contra los que el mejor remedio es la *educacion oratoria*: en la escuela se despierta el genio ó se revela la impotencia; allí se estimula el talento ó se conocen las escasas fuerzas de que podemos disponer: los ensayos fuera del aula, por felices que sean, son siempre aventurados y peligrosos.

Dan, pues, los críticos demasiada importancia á los medios que empleó Demóstenes para vencer su natural timidez, su voz débil, su pronunciacion tarda, pintándole de tal manera en sus primeros pasos, que se hace imposible concebir tantos defectos corregidos, tantos obstáculos superados: para nosotros el poder del arte, la aplicacion de las reglas que la esperiencia ha sancionado como buenas, no lo corrige todo, ni lo enmienda todo, como se pretende demostrar por los que tan equivocadamente hablan de Demóstenes: aceptamos desde luego la calificacion que Plutarco hace del estilo de sus primeros discursos (1); creemos que fuese difícil agradar á un pue-

(1) El pueblo, dice, se burló de la singularidad de su estilo, largo en los periodos y lleno hasta la saciedad de entimemas. Por otra parte, tenia la voz débil, la pronunciacion penosa y la respiracion corta, viéndose precisado á tomar aliento muchas veces para proseguir, lo cual venia á hacer aun mas difícil comprender el sentido de sus palabras.

blo acostumbrado á la elocuencia afectada y ampulosa de los retóricos, concebimos una primera derrota seguida de grandes triunfos; pero la *cueva subterránea* de que nos hablan, las *piédrecitas* de que se llenaba la boca, los *gritos* que daba á la orilla del mar para superar con su voz la voz de la tormenta, nos parecen exageraciones inventadas por admiradores crédulos, ó lo que es peor, por satíricos envidiosos: dar semejantes recursos como aceptables, sería estraviar la opinion de los jóvenes, y aun hacerles caer acaso en las mismas extravagancias con la esperanza de obtener iguales ó parecidos resultados: las exageraciones nos parecen siempre peligrosas, y mas aun en libros que han de ir á parar á manos de personas que sin reflexion bastante pueden darlas un valor inconveniente. Lo hemos dicho de buena fé, y repetimos, que no nos merecen entero crédito muchos de los recursos de que algunos sostienen se valió Demóstenes para llegar á ser elocuente; mas aun aceptarlos, sería rebajar el mérito del primer orador de Atenas, cuyo gran talento consistió en saber apreciar la leccion que habia recibido, desarrollando en presencia de las maravillas de la naturaleza los gérmenes fecundos que encerraba en su alma, adquiriendo ese estilo que califica de una manera admirable el arzobispo de Cambray (1), y con el cual parece que evoca en rededor nuestro el genio de la antigüedad, nos conmueve, nos convence, nos arrastra hasta el punto de sentir lo que él siente, de creer lo que él cree, de acomodar nuestra voluntad á la suya, de indignarnos si se indigna, de respirar libremente si hace brillar ante nuestros ojos el rayo consolador de la esperanza (2).

(1) Fenelon.—Reflexiones sobre la retórica y la poesía.

(2) Heeren: *Ideen über die Politik den Verkehr und den Handel der alten Welt*. Gettingue: 1812.

No es, pues, el arte, por mas importancia que tenga á nuestros ojos, por mas que sin su auxilio sea imposible conquistar el título de orador, quien otorga y concede lo que solo dimana de Dios: por eso hemos dicho que la acertada combinacion de lo que es *natural* en el hombre, y lo que enseña la *esperiencia*, es el fin principal de la *educacion oratoria*. Las reglas cuya coleccion forma el arte de hablar, están como envueltas en la esencia misma de la racionalidad del hombre y la facultad que tiene de comunicar sus pensamientos por medio de la palabra; reducir á la práctica esas reglas, comprenderlas, definir las, este es el gran trabajo á que deben consagrarse los jóvenes y á que no se consagran entre nosotros: en España tenemos una escuela de declamacion, y no existen cátedras de elocuencia para los que han de ocupar algun dia el púlpito, la tribuna ó el foro; ¿es por ventura que se cree mas importante, mas difícil, mas útil, el arte dramático que el arte oratorio?

Necesario es, pues, que el gobierno se apresure á dar un gran impulso á la educacion oratoria, que llene ese gran vacío que se nota en la enseñanza de nuestras universidades, tanto en la carrera de jurisprudencia, como en la de teología, donde si es por la ley obligatorio el estudio de la oratoria, este vá unido á la teología moral y pastoral, materia que es imposible explicar en un solo curso, ni aun casi en dos, como se verifica en los seminarios conciliares.

Antes que nosotros sabemos que han procurado fijar la atencion del gobierno sobre este punto las facultades de teología y de jurisprudencia de la universidad central: sus informes, sus opiniones han sido aplaudidas por mas de un ministro del ramo, por mas de un director de instruccion pública; pero se ha tropezado con el presupuesto, mezquino escollo que no debiera ser de

modo alguno insuperable tratándose de reformas tan útiles como la que acabamos de indicar.

En tiempos en que la palabra tenia menos importancia que tiene en nuestros dias, en la resolucion de los negocios públicos, y aun en el foro, habia en las universidades, en los establecimientos de instruccion del Estado, cátedras de oratoria: el método de enseñanza podia ser empírico, sistemático y poco á propósito para producir oradores; pero lo cierto es que los jóvenes aprendian por lo menos á comprender que sin el estudio, sin el trabajo, ni aun el genio acierta á producir obras perfectas: sus creaciones podrán tener la belleza del desorden, pero carecerán seguramente de uno de los principales caracteres estéticos, la *armonía*.

El respeto hácia las cosas santas, una mala inteligencia, un temor pueril ó una aversion sistemática é infundada hácia las artes puramente humanas, ha podido ser causa de que piensen y sostengan algunos que la educacion oratoria, que el estudio de los buenos modelos, que el conocimiento de las reglas, no es necesario al sacerdote, ni dice bien con la mision augusta que como depositario de las altas verdades del orden moral y religioso está llamado á desempeñar: esta preocupacion ha comenzado á perder terreno, pero aun subsiste, y á ella se debe la indiferencia con que miran algunos cuanto se refiere á la forma, al estilo, á la accion en el púlpito.

La Iglesia, lejos de reprobar el arte en la predicacion, lo ha sublimado y engrandecido, coronando con laureles que no se marchitarán jamás á los que por su medio no buscan su propio engrandecimiento, sino el mayor esplendor de la verdad; oigamos en este punto á los SS. Padres:

San Agustín y San Jerónimo afirman que la verdadera elocuencia está muy distante de ser una estéril locuacidad ó una repugnante sofistería: el Crisóstomo y el Nacianceno se admiran de que haya quien pretenda ejercer el ministerio de la predicación sin arte y sin estudio; y Laetancio se conmueve de que los defensores del Cristianismo no se sirvan de la *elocuencia* para atraer á los que nada quieren oír ni leer, á no estar revestido de formas agradables: *qui nihil audiere, vel legere, nisi expositum ac disertum volunt.*

El dicho de San Pablo: *No vine con sublimidad de palabra ni de sabiduría á anunciaros el testimonio de Cristo*, ha sido mal entendido y peor explicado. San Juan Crisóstomo recuerda á este propósito los triunfos oratorios del Apostol, afirma que era elocuentísimo antes, y lo fué despues de hacer milagros, *ante signa et in mediis signis*; y añade que dar otro sentido á sus palabras, es un pretexto para encubrir la propia ignorancia y la aversion al trabajo: *hæc obtentus sunt et prætextus ac segnitici ignaviaque excusationes.*

En San Pablo, la sabiduría no habia buscado, dice San Agustín, la belleza de las palabras, sino que la belleza misma iba siempre delante de su sabiduría, dando á su elocuencia una fuerza capaz de hacerse sentir hasta de los que duermen; frase bellísima y propia del gran Doctor de la Iglesia. La predicación de San Pablo no estaba fundada sobre el razonamiento, ni sobre la persuasión humana; su palabra era un verdadero misterio, cuya fuerza venia del cielo, como mas adelante tendremos ocasion de demostrar; pero no por esto puede decirse que San Pablo no fuese elocuente: en sus epístolas hay trozos de un razonamiento admirable, de una fuerza irresistible.

El ministerio de la palabra cristiana está fundado principal-

mente en la fé: es necesaria la oración, la virtud, la convicción en el alma, el fuego santo en el corazón, pero algo necesita poner el hombre de su parte: los SS. Padres no desdeñaron jamás el estudio de la gramática, de la filosofía, de la historia, de la poesía, de la retórica, y de él se valieron mil veces, dice San Basilio, para el triunfo completísimo de la religión y la verdad.

De este modo se ha defendido por los grandes oradores y escritores sagrados la *educación oratoria*, que nosotros deseáramos ver mas atendida en nuestra patria: no han combatido, como pretenden algunos, el estudio de las reglas, sino el *exceso del arte* en la predicación; tambien nosotros lo combatiremos, sintiendo en el alma que algunos lleven á la cátedra sagrada un espíritu de vanidad que dice mal al pié de la cruz.

Si la elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otros la luz que ilumina el nuestro, en saber transmitir á los demás por medio de la palabra *adecuada, oportuna*, no solo nuestras ideas sino los sentimientos del alma, enseñando, agradando y persuadiendo: *ut doceat, ut delectet, ut flectat*..... sin la ilustración del espíritu, sin la posesión de todos los secretos móviles, de todos los admirables resortes del corazón, de la inteligencia y hasta de las pasiones mismas, ¿podrá nadie decirse buen orador?

El sacerdote necesita, mas que otro alguno, estar perfectamente iniciado en los secretos del arte oratorio: siempre que habla, ya sea desde el púlpito ó en el confesonario, el que oye permanece mudo, no contradice, no argumenta; pero ¡ah! no siempre esa sumisión aparente es el resultado de la convicción y de la piedad: su auditorio no se compone esclusivamente de unos cuantos hombres fervorosos y muchas mujeres sencillas de espíritu y corazón que no osan levantar los ojos; de personas, como dice Timon, que no ven al hombre, sino al ministro

de un Dios, que humildes se someten á su doctrina, que siguen dóciles los movimientos que les imprime, nó: entre ese auditorio hay pasiones que se revelan contra la verdad, pasiones que se agitan, que se revuelven; incrédulos á quienes la curiosidad ó la crítica lleva al templo; criminales no arrepentidos, pecadores no contritos, vanidosos, orgullosos, hipócritas, avaros, á quienes es preciso conocer, distinguir, separar, atraer y persuadir.

Su augusta mision en la tierra impone al sacerdote grandes deberes de virtud y de ciencia, deberes que no se llenan con un buen deseo, con una buena voluntad; es preciso mas, mucho mas: el recuerdo de los que se consideran suficientemente instruidos para subir al púlpito con solo estudiar un sermón ajeno, y el de tantos otros como, sin prepararse, aceptan sobre sí la gran responsabilidad de predicar la palabra de Dios, nos atormenta y contrista en este momento.

San Agustín, antes de difundir la luz por medio de su palabra, pedía al obispo Valerio (1) con gran humildad *tiempo para prepararse*: San Gregorio (2), San Ambrosio (3), San Hilario (4), San Gerónimo (5), San Isidoro de Sevilla (6) y

(1) «...¿Jubes ergo ut percam, Pater Valeri? ¿Ubi est charitas tua? ¿certe diligis me? ¿certe diligis ipsam Ecclesiam cui me sic ministrare voluisti? Et tamem certus sum quod et me et ipsam diligis. Sed putas me idoneum, cum ego melius me noverim, qui tamem nec ipse me nossem, nisi experiendo didicissem. Sed dicit fortasse Sanctitas tua; vellem scire quid disit instructioni tuæ. Tam multa autem sunt, ut facilius possim enumerare quæ habeam, quam quæ habere desidero....» Epist. XXI.

(2) In Ezech., l. I., hom. 3.^a y 9.^a: Epist. I, indie. IX y XXV.

(3) Psalm. CXVIII expositio serm. sext.

(4) De Trinit., l. VIII, n. 1.

(5) Epist. XXXIV, part. 2.^a

(6) Hisp. de Ecclesiast., cap. V., l. I., t. II.

otros muchos que pudiéramos citar, no se limitan á recomendar la virtud, sino que á la vez aconsejan el *estudio*, la meditacion, la ciencia y el conocimiento del arte, lo que nosotros comprendemos bajo una sola fórmula, *educacion oratoria*.

«Cuando vemos, ha dicho el señor Troncoso, orador distinguido y escritor profundo y elegante de nuestros dias, que todas las ciencias se desarrollan cada dia mas, estienden progresivamente sus limites y toman mayores proporciones, ¿habrá de permanecer estacionario el sacerdocio, sin seguir las en su rápida marcha, á fin de poder mejor con su auxilio descubrir la máscara del error donde quiera que intente ocultarse, y contribuir con ellas á hacer mas visible la gloria de Dios, y mas respetable, grande y digna de admiracion la economía de la religion católica? Guardémonos de deprimir la ciencia y el arte, solo porque haya hombres que los desprecien; espíritus falsos y temerarios, que quisieran que todo el mundo fuese igual á ellos, para escusar su propia ignorancia con la ignorancia general, y servirse de ella como de un baluarte contra los reproches merecidos. Nó: el sacerdocio católico, llamado á ser la antorcha luminosa de la humanidad, el faro que dirija las inteligencias á través de los escollos en que abunda el borrascoso océano del mundo, nada debe ignorar de cuanto pueda contribuir á llenar con éxito su mision regeneradora. Ved lo que hicieron en su tiempo esos grandes genios, esos predicadores ilustres, esos apóstoles infatigables cuyos nombres han pasado llenos de gloria á la posteridad, porque tan oportunamente supieron colocarse al nivel de las circunstancias de su respectiva época, y estudiar sus necesidades, y combatir la ciencia con la ciencia, y refutar la sabiduría del error con la sabiduría de la verdad. Ved en nuestro siglo lo que han hecho Marc-Carthy y otros

famosos oradores que tanto han ilustrado el púlpito católico: leed á Lacordaire, á Combalot, á Ravignan, al P. Félix, al P. Ventura, á todos esos genios que, colocándose en primera línea en la marcha intelectual del siglo, tantos prodigios están obrando con su palabra llena de unción y de ciencia en pró de la religion y de la sociedad. ¡Gloria y prez á esos hombres que tan bien han comprendido su mision, y haciendo una bella alianza entre la piedad y el genio, entre la virtud y el verdadero saber, marchan á la conquista del mundo moral llenos de fé y de entusiasmo, y dejan por do quiera gloriosos recuerdos, sublimes simpatias y gérmenes fecundísimos de vida social, que en su dia producirán abundantes y preciosos frutos!»

De intento hemos trasladado íntegro el párrafo anterior, tomado de un libro que con razon merece ser leído: ocasion tendremos de esplanar mas adelante nuestras ideas acerca de la mision del orador sagrado en nuestros dias y de los medios mas eficaces para llenarla con acierto, con buen éxito; no precisamente en el aplauso y en la satisfaccion de la vanidad personal, sino en saludables frutos para la moral, las costumbres y la mayor gloria de Dios (1).

(1) Si nos empeñáramos, dice el señor Martínez y Sanz, en aducir pasajes en que los SS. Padres recomiendan al predicador la necesidad que tiene de la virtud y de la ciencia para desempeñar bien su ministerio, haríamos un libro. Ya que esto no es del caso, citaremos algunos lugares, cuya lectura recomendamos á los jóvenes por el provecho que les reportará, y tambien porque les será de muy grande utilidad si alguna vez tienen que predicar á ordenandos ó eclesiásticos.

Lactancio, Instit. l. IV, c. XXIII, t. I, f. 334. S. Hilar. Tract. in CXVIII, Psalm. litter. VI, n. 5, f. 280. S. Greg. Naz. Orat. I, t. I, f. 18. =Orat. XX, f. 326. =Orat. XXI, fol. 350. =Orat. XXVI, f. 404. =Orat. XXXIX, fol. 358. S. Joann. Chrisost. de Sacerdotio: todos sus li-

Trazar en este momento un programa mas ó menos extenso de *educacion oratoria*, seria ir demasiado lejos: aconsejar en la enseñanza la adopcion del método que para escribir este libro hemos creído mas oportuno, valdria tanto como despojar al lector de una de sus prerogativas, de uno de sus derechos mas legítimos, dando al mismo tiempo una prueba de intolancia y presuncion impropia de nuestro carácter.

Esperemos el resultado de nuestras modestas aspiraciones: aguardemos el fallo de la opinion pública, creyendo haber llenado uno de nuestros deberes mas imperiosos recomendando en este sitio el estudio, el trabajo, para ejercer la predicacion; defendiendo al arte de las acusaciones injustas que se le han dirigido, y contra las que los grandes oradores cristianos han protestado en todos tiempos con su ejemplo y su palabra.

bros; pero puede verse el IV, nn. 8 y 9, t. I, f. 443. =Exposit. in Psalm. XLIX, t. V, fol. 233. =In Matth. hom. LXXII, t. VII, f. 701. =In Epist. ad Ephes. hom. VI, n. 3, t. XI, f. 42. =In Epist. ad Philip. hom. XII, n. 3, t. XI, f. 293. =In Epist. I, ad Timoth. hom. XV, n. 2, t. XI, f. 636. =S. Hieronim. Epist. XXXIV ad Nepot., t. IV, part. II, f. 261. =Epist. LXXXII ad Oceanum, t. IV, part. II, f. 652. =Epistola XCVI, t. IV, part. II, f. 780. =Epist. L. ad Paulin., t. IV, part. II, f. 569. =S. Aug. De doct. christ., l. IV, cc. XV, XXVII, XXVIII y XXX, t. III, f. 103, 118, 119 y 120. =S. Greg. Mag., Reg. Past., part. I, c. II, t. II, f. 3. =c. III, f. 15. =In Ezech., l. I, hom. IX, nn. 4 y 26, t. I, f. 1250 y 1260. =Epist., l. I, Indic. IX, Epist. XXV, t. II, f. 508. =San Isidor., sent. l. II, c. XXIX, n. 8, t. II, f. 64. =l. III, c. VIII, t. II, f. 99. =l. III, cc. XXXV, XXXVI y XXXVII, f. 119. =De ecclesiast. offic. l. II, c. V, t. II, f. 458. =S. Bernardo. In cant. serm. XVIII, t. II, fol. 1320.